

## **LA MEJOR ETAPA DE TU VIDA**

Esta historia es quizás, de esas a las que estamos acostumbrados, con un principio algo atípico, que te seduce a querer saber más; un tiempo en el que las cosas se tuercen y, finalmente, un desenlace donde las cosas parecen encauzarse de manera reconfortante.

Esta es la historia de una chica cuyo máximo estaba en irse de su casa, empezar la Universidad, comenzar de cero, conocer gente nueva. Todo aquello que le hiciera olvidar lo apagado y grisáceo de su vida anterior en un pueblo no muy pequeño al sur de la comunidad de Extremadura.

Esta es mi historia.

Mi infancia en el pueblo no fue del todo mala, más aún si la comparamos con lo que pudieron vivir mis dos hermanas mayores. No obstante, el tiempo avanza y no es compasivo con nadie; situaciones de las que antes no eras consciente y vivías desde tu inocente burbuja de color rosa, ahora comienzan a tornarse en otro color, comienzas a comprender cosas que, tal vez no te habría gustado descubrir nunca. Y así es como ocurre uno de los fatídicos puntos de inflexión en la vida de cualquier ser humano: crecer.

Una serie de sucesos, amargos descubrimientos, decepciones con todo lo que te rodea y la necesidad constante de querer huir, se atenúan ante una leve luz al final del camino que cada vez cobra más intensidad: la Universidad. Ese período de tu vida que será lo mejor que vas a experimentar jamás, donde se te abrirán caminos nuevos, la posibilidad de conocerte a ti mismo, conocer aquellas personas que permanecerán para siempre en tu vida y un sinfín de ilusiones más que a cualquiera le despiertan las mayores esperanzas. Ese era mi soporte firme, algo a lo que agarrarme para seguir luchando todos los días pese a la dificultad que ello suponía.

Y un día, sin darte cuenta, llega. Llega el momento de partir, una mezcla de nervios, miedo, alegría e ilusión te invaden; pero también tristeza, pues siempre hay algo que te ata a esa vida anterior pese a que no hayan sido los mejores años y hasta le brindas la oportunidad de llenarte de dudas, inseguridad y pavor por salir de esa zona de confort en la que te hayas.

El primer año de Universidad transcurre de manera extraña para todo el mundo, pues nadie se conoce y no sabes muy bien a quien deberías acercarte. De repente, nada es como esperabas: se te hace todo cuesta arriba: las asignaturas, las personas, la emancipación... Creías que sería tan sencillo como llegar, conectar con alguien, comenzar una gran amistad duradera, estudiar juntos, sacar las mejores notas; sin embargo, nada de eso ocurre. Pero no pasa nada, es el primer año.

Siempre se dice que debes dejar atrás todo aquello que te hace daño y te impide avanzar. Este no fue mi caso. Sin quererlo, comencé a darme cuenta que todo el mundo encontraba su sitio, un lugar estable en el camino que esta aventura supone; todo el mundo menos yo. Era el segundo año, miles de preguntas asaltaban mi mente: ¿por qué yo no?, ¿por qué a nadie le importo?, ¿seré tan poca cosa como para no interesar lo más mínimo a nadie? Miles de pensamientos negativos comienzan a adueñarse de ti poco a poco, cada vez más y sin darte cuenta. Comienzan los trabajos en grupo; cada mínimo detalle de este tipo para ti supone una nueva oleada de sentimientos oscuros que te hacen sentir inferior al resto. Es una enfermedad que te invade lentamente y tus pensamientos terminan por tomar las riendas de tu situación. No quieres mirarte al espejo, no quieres ir a clases, no quieres ir a ese sitio en el que solo te sientes mal. Te preguntas por qué a ti; eres la persona que más ansiaba esto, la gran oportunidad para escapar de todo lo malo vivido anteriormente. En ese momento, sientes que todo se te viene encima y no te queda más opción que rendirte a tu destino.

Aún así, siempre fui una persona de mantener la esperanza viva, por leve que fuera. No obstante llegó el día en el que esa llama terminó por apagarse. Jamás pensé que eso pudiera llegar a ocurrir, pero sucedió.

Ese día comenzaba las prácticas de una asignatura en particular. Como todas las cosas que me salían mal en aquel entonces, ésta no iba a ser la excepción. Las prácticas eran en un edificio alejado de la entrada en el campus, pero yo no lo sabía ni tampoco tenía contacto con nadie para saberlo. Me perdí, llegué tarde y cuando estuve frente a la puerta diez minutos después de comenzar la clase me paralicé: no era capaz de llamar y hacerme sentir el centro de atención de las miradas, ¿me echaría la bronca la profesora?, ¿pensarían algo raro sobre mí? Cualquier circunstancia era buena en aquel momento para frenarme, paralizarme y hacerme sentir débil. Me marché. Escribí un correo a la profesora diciendo que estaba enferma y no podría asistir ese día, que ya lo recuperaría en otro momento.

Fui el siguiente día de prácticas con otro grupo. La casualidad fue que no iban a la par que el mío, estaban más adelantados y ese día les tocaba realizar una prueba. En ese momento viví una de las peores situaciones hasta el momento y fue la gota que colmó el vaso. Un vaso que se había ido llenando poco a poco y que en ese momento se derramó.

La profesora me preguntó frente a todos si no tenía relación con nadie para pedirle los apuntes y ponerme al día y me pidió que saliera del aula y volviera el próximo día para hacer la prueba con mi grupo. Hice ahínco para reprimir las lágrimas que me estaban quemando por dentro y no pronuncié ninguna palabra que pudiera dar paso a que ese río de llanto comenzara su curso. Me fui, y con la intención de no volver más. Por el camino, el río desbordó, y sentía que era el momento, que aquella situación me había ganado la batalla y no podía más; desistí y decidí dejarme arrastrar por la corriente. No volvería jamás allí.

Sin embargo, la vida es caprichosa, y muy a menudo decide jugar contigo a su antojo. Nadie sabe si es por mera diversión o quizás porque considera que necesita darte ciertos golpes para que después aprendas a curarte de ellos. No me lo puso fácil. No fue como yo esperaba, llegar y topar con la felicidad que siempre había anhelado, tuve que ganármelo a base de duras caídas. Y en este caos que es la vida, resultó que alguien tendió su mano y decidió ayudarme a salir de ese gran pozo oscuro en el que me hallaba. Y él, mi pareja, mejor amigo y gran cómplice; la persona que incondicionalmente estuvo siempre a mi lado.

Y la profesora, la misma que por un momento sentí que me había hecho sentir lo peor, fue la que decidió no echarme una mano, si no tenderme la soga que me ayudaría a escalar y salir definitivamente de ahí. Pero esto es una historia más larga.

*Serotonina*